

LA CULTURA DEL NARCOTRÁFICO

GUSTAVO ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL

Los grandes cambios culturales los producen las grandes revoluciones. Cuando esas revoluciones no son conscientes de su papel transformador o no existe el Napoleón que las perpetúe, las modificaciones culturales son lentas pero inexorablemente dirigidas por la sociedad.

En Colombia, aunque les dé pena decirlo a muchos para no ir a perder la visa de entrada a Miami, hemos sufrido la más grande revolución social de nuestra historia y, por qué no decirlo, una revolución absolutamente comparable con los modelos francés, ruso y cubano, que tanto hemos analizado: la revolución del narcotráfico.

Para que una revolución de ese tipo se produzca, se requieren algunos elementos significativos. Nosotros los hemos tenido casi todos. En primer lugar, se requiere un proceso de cambio en la tenencia de la tierra, el que tanto significó en Rusia y Francia y que ha agostado el rígido modelo cubano. En Colombia, en los últimos 20 años, los dueños de la tierra son otros muy distintos de los propietarios de 1975. Y, más aún, de una muy distinta clase social. Los dueños de la tierra, con excepción de las extensiones sembradas en caña de azúcar, son en su gran mayoría personas que hace 20 ó 25 años estaban en la parte inferior de la pirámide social. Los choferes, los mensajeros, los meseros, hasta los policías de entonces, son hoy los dueños del mayor porcentaje de la tierra en Colombia. Sin darnos cuenta, la tierra cambió de manos y produjo un efecto menos ampuloso que en Cuba, pero de pronto más contundente.

Para que una revolución sea admitida como tal, se requiere también que se precipite un profundo cambio en la economía de un país. En Colombia, en los últimos años, volvimos la economía subterránea una economía legal, y la legal, casi la enterramos en las catacumbas.

Les pusimos nombres a las normas, las vestimos de ribetes cepalianos o neoliberales, pero las cambiamos y de qué manera. Tanto que ya no sabemos si de verdad el flujo de caja que nos ha salvado de la megacrisis latinoamericana proviene de venderles cocaína a los gringos o de exportar café brocado.

Para que una revolución sea tenida como tal, se requiere también que se produzca un vigoroso movimiento en la estructura piramidal de la sociedad y que el ascenso sea vertiginoso. Según las cifras de Wall Street, en Colombia, en los últimos años, han aparecido cerca de 30 mil nuevos millonarios en dólares. Y si admitimos que cada uno de ellos por lo menos ha conseguido que cien personas le trabajen en sus empresas legales o en clandestinas, esas cien personas han cambiado su *modus vivendi* y, a su vez, prolongado ese mejor estar, como mínimo, a su mujer, su mamá y un hijo.

Convirtiendo eso en cifras, tendríamos que de 18 millones de colombianos hace veinte años, o de los 35 millones de ahora, por lo menos nueve millones de conciudadanos cambiaron de posición social, y esa cifra, que oscila entre el 30 y el 50% de la población que fuimos o somos, es abrumadora, es demasiado significativa para que no se entienda la magnitud de la revolución que engendramos.

Pero más aún, para que la revolución se produzca se requie-

re un proceso de violencia, que dentro de la dinámica de la historia purifica, restablece equilibrios o abre procedimientos. No tengo que recordar ni cifras ni cuadros inolvidables de carros bombas, aviones estallados en mil pedazos o candidatos presidenciales sacrificados.

Y también se exige para el proceso revolucionario, casi como condición *sine qua non* para dar la transformación cultural, ahí sí un cambio radical de valores. Colombia sí que los ha sufrido. Cambiamos la moral del pecado por la moral del dinero, conceptuamos casi al revés el valor de la vida y la muerte, de la honradez y el cumplimiento, echamos al cesto de la basura el patriotismo y hasta se cree en un dios diferente. Perdimos la capacidad de reacción, ahogamos la felicidad de la sorpresa y apenas navegamos en un mar de valores cambiantes cada día.

Pero esa revolución tuvo grandes falencias que la convierten en una revolución incompleta. No poseyó antecedentes filosóficos ni tuvo filones de ideas, tan sólo utilizó métodos de comportamiento que, por repetidos o estruendosos, se les aceptó como códigos. Tampoco tuvo esta revolución mayúscula que hemos sufrido los colombianos, el Napoleón que la consolidara, pero como muchos creemos que apenas nos estamos asomando a las épocas de Robespierre y Danton, llegará más temprano que tarde quien ponga orden a esta confusión generalizada en que cada vez nos precipitamos con mayor desasosiego.

Y cuando lleguemos al final del tobogán, no hay duda, tendremos otra cultura, una muy distinta manera de ver y entender las cosas. Una forma muy diferente de la que nos habían entregado antes que esta revolución comenzara.

GUSTAVO ÁLVAREZ
 GARDEAZÁBAL

TULUÁ, 1946

ESCRITOR Y EXALCALDE DE
 TULUÁ. AUTOR ENTRE OTROS LIBROS DE «LA BORA Y EL BUDA»
 Y «CÓNDORES NO ENTERRAN
 TODOS LOS DÍAS».